

Mundo popular y clase política: razones del desencuentro

GONZALO PORTOCARRERO MAISH

El primer aniversario del cierre del Congreso encuentra una sociedad que ha recuperado confianza en sí misma, que respalda masivamente a Fujimori y que, finalmente, ha desertado de los partidos políticos.

No obstante, la institucionalidad democrática es más débil que nunca y el Congreso Constituyente no llega a ser ni representativo ni autónomo.

Las razones del optimismo y del aval al presidente son precisas. Se trata, como todos sabemos, del dismantelamiento de la cúpula senderista y de la disminución del ritmo inflacionario. Los costos son grandes -la recesión, el desempleo- pero la mayoría tiene confianza en el modelo liberal. La gente cree que estamos cerca de un cambio definitivo. El horizonte es un crecimiento sostenido en un futuro muy próximo. La promesa es que todos cosecharemos. En contra del prejuicio de que el pueblo vota con el estómago, tenemos una realidad donde el amplio apoyo a la gestión del presidente coexiste con un empobrecimiento general y la esperanza de una mejora definitiva tipo sureste asiático.

Mientras tanto la clase política desplazada, no sale de su desconcierto, tiende a ser muy poco autocrítica. A veces desde un principismo constitucional se prodiga en ataques a Fujimori. Otras veces se consuela con una visión escéptica y desencantada del pueblo, que por inculco o autoritario, sería responsable de la consolida-

ción de un régimen tan regresivo. La clase política ha conseguido respaldo sobre todo fuera del país. Gobiernos, parlamentos y partidos de Europa, América Latina y Estados Unidos. Pero ¿por qué la desertación popular? ¿será definitiva? ¿es posible reconstruir la institucionalidad política?

Es muy cierto que el juicio popular no se detiene en hechos inquietantes. La opinión pública, impulsada por la necesidad de orden y esperanza, y seducida por las promesas de paz y progreso, no quiere reparar en hechos como el enorme costo de la estabilización o la tenebrosa presencia de camarillas y favoritos en el entorno presidencial. Tampoco en la torpe incondicionalidad del oficialismo, o en la regresión habida en cuanto cultura ciudadana. Imponer en vez de dialogar, o dar como gracia lo que corresponde como derecho. Para no hablar de la autonomía excesiva de las fuerzas armadas o el caballazo convertido en recurso cotidiano. Fujimori desarticuló la institucionalidad política pero no ha querido o sabido crear una al-

ternativa. La situación es alarmante.

Sea como fuere los sectores populares tienden a confiar en Fujimori, y no reparan demasiado en los aspectos negativos de su régimen. Al mismo tiempo se distancian de los partidos y de la clase política. ¿Cómo comprender estas actitudes? ¿Cómo será posible reconstruir la institucionalidad política democrática?

La tesis del "autoritarismo popular"

Desde luego que las razones de estas actitudes no son simples y hay muchos factores involucrados. Uno de ellos tiene que ver con la época en que vivimos, no tanto con las particularidades de nuestro país. En todas partes del mundo las clases políticas están siendo cuestionadas. Desprestigiadas las ideologías, ausentes los grandes ideales, el político tiende a ser visto ya no como el desinteresado gestor del bien común sino como alguien a la búsqueda de beneficios personales. Gratificaciones narcisísticas o utilidades económicas. En el mejor de los casos los políticos son evaluados como un mal necesario. Por supuesto que la corrupción (Brasil, Alemania, Italia, España, etc.) no ha hecho más que reforzar esta percepción.

Pero en nuestro país a este

hecho general se añaden muchos otros más provenientes de nuestra historia y de la actual coyuntura de crisis y ansiedad.

Algunos señalan un supuesto autoritarismo popular y/o una suerte de pragmatismo como los hechos decisivos para explicar el respaldo a Fujimori. Me parece que si bien estas opiniones pueden encerrar alguna verdad, en conjunto suponen una visión despectiva y elitista de los sectores populares, muy exterior e ignorante de sus angustias, esperanzas y potencialidades.

La tesis de que Fujimori sintoniza con un "autoritarismo popular", y que ahí está la razón de su éxito es, en el mejor de los casos, una verdad a medias. Para empezar ni el culto de la fuerza, ni la intolerancia, ni la fascinación con la disciplina, son actitudes centrales, definitorias de la idiosincracia popular. Lo que sí tiene que reconocerse es que en la medida en que apremiantes necesidades de orden y esperanza no fueron satisfechas por el orden político, es decir, en tanto, la clase política se puso de espaldas al clamor popular, se produjo una desilusión masiva; la condición básica para que la disolución del parlamento encontrara sólo aprobación y simpatía.

Desde luego que el problema de fondo es la debilidad del vínculo de representación, el hecho de que el congreso no esté enraizado en el pueblo. Todo apunta a la

novedad de la condición ciudadana en nuestro país. El problema tiene raíces históricas muy hondas. Recordar de dónde venimos nos puede ayudar a saber donde estamos.

Durante la mayor parte de la historia republicana la delegación de soberanía del pueblo al ejecutivo y legislativo fue una farsa. La representatividad de gobiernos y parlamentos se restringía a sectores muy limitados y las elecciones no eran más que rituales para legitimar imposiciones.

Cierto que el Apra incorporó a las masas a la política. También cierto que luego de un período insurreccional asedió la fortaleza oligárquica, pretendiendo fiscalizar los procesos electorarios, denunciando las suplantaciones, la imposición, presentándose como el "único factor cierto de soberanía popular". El reclamo era justo pero el Apra no llegó a integrar al mundo andino. Además el Apra no enseñó respeto por el parlamento. El verticalismo del partido significaba que todos los congresistas elegidos deberían entregar, orgullosamente en público, sus cartas de renuncia a Víctor Raúl. La izquierda tampoco prestó al parlamento.

La idea de un cuerpo colegiado fiscalizador del ejecuti-

vo a la par que elaborador de las grandes orientaciones de política, permaneció extraña, no llegó a convertirse en sentido común.

La tesis de un autoritarismo popular viene pues a exculpar a la clase política y a responsabilizar a los sectores populares por la crisis de los partidos. No obstante el factor clave no estuvo en el "autoritarismo popular", en una beligerancia antiparlamentaria, sino en la inoperancia del congreso en un contexto de gran ansiedad e insatisfacción por el avance de Sendero.

Aunque sin duda pueda existir autoritarismo en el mundo popular, aunque proliferen la dominación y el abuso, ello no debe hacernos perder de vista que la asociación es el hecho básico; que la solidaridad familiar, vecinal, que la capacidad organizativa ha sido el principal recurso con que los sectores populares han enfrentado la crisis. Mucha gente estaría ya muerta de hambre de no ser por los mecanismos de ayuda mutua. En el mundo popular la democracia se construye a nivel micro alrededor de tareas muy definidas. Desde luego que el aprendizaje no es inmediato, la lucha contra el abuso y la injusticia es permanente. Pero el hecho es que la

gente no siente que suceda lo mismo en el parlamento. El sentido común tiende a imaginar al parlamento como ocioso pero bien pagado, acomodaticio, cuando no corrupto. Una vez elegidos



al senador o diputado les importa muy poco sus bases. Puede que estos estereotipos sean demasiado simples, que no se repare en excepciones.

Pragmatismo y demandas de eficacia

Otro tanto ocurre con la idea de un "pragmatismo popular". En todo caso debe ser especificada. Si por pragmatismo se entiende una exigencia de efectividad sobre los políticos; es decir, una confianza relativa, condicionada a la satisfacción de ciertas expectativas, entonces el nombre podría ser correcto. Pero el problema es que el término es demasiado fuerte, sugiere una orientación materialista y utilitaria que dista de ser general. Ahí están Sarita Colonia y el Señor de los Milagros, las vírgenes que lloran. La posibilidad de creer. La apertura a la esperanza, la valoración de lo gratuito. Poder ser incondicional con los demás. Virtudes extrañas al mundo utilitario de logreros y atropelladores.

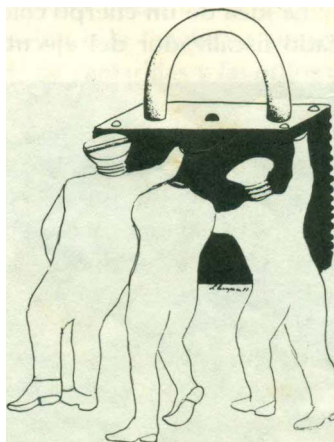
Entonces más que pragmatismo se trata de una exigencia de efectividad. El utilitarismo y el cálculo no han colonizado el conjunto de la cotidianeidad popular. Pero la vara que se emplea para medir el éxito político es la efectividad. El cumplimiento de las expectativas generadas. Las lealtades a los líderes no son incondicionales.

Sucede, además, que la política ha dejado de ser el terreno donde surge la esperanza. La búsqueda ya no lleva tanto a lo colectivo o a lo político, sino sobre todo a lo individual, al negocio y la familia, o en todo caso a la expresión a través del arte y la cultura. Es

en estos campos donde la gente se busca a sí misma. El liberalismo ha impregnado el sentido común. El progreso, el confort y el reconocimiento social se consiguen mediante el esfuerzo.

Según diversas encuestas las mayorías condenan las dictaduras o golpes militares. Prefieren las libertades y son celosas de sus derechos. No obstante apoyan el golpe de Fujimori como una suerte de excepción necesaria en vista tanto de las urgencias como de la inoperancia de la institución parlamentaria. Para la clase política la lección debe ser clara. Tiene que ser más permeable a las expectativas populares, más representativa y enraizada en el cuerpo social. Si prioriza sus intereses de partido o de cuerpo termina, alejada del país, fácilmente vulnerable. Es necesario restablecer el pacto de representación, que los distintos sectores sociales vean en los partidos instituciones próximas y útiles.

Ello requiere de un cambio en las mentalidades, resignificar la política como lugar de ejercicio de una vocación de servicio



Cuestión de Estado.- Usted y el ILD estuvieron muy activos en alcanzar propuestas en la fase previa a la convocatoria del CCD pero no ha sido así después, cuando hay un debate constitucional en el país. ¿Esto obedece a una razón institucional o tiene implícita una evaluación del CCD?

Hernando de Soto.- Hay una evaluación de la situación. Nosotros participamos, intensamente incluso, en el proceso llamado de retorno a la democracia que comienza a finales de abril y se especifica frente a la comunidad internacional el 18 de mayo de 1992 en Nassau. Como el presidente mismo lo anunció, fuimos llamados a ayudarlo y estuvimos de acuerdo con la mayor parte de cosas que dijo en ese discurso en Nassau, no todas evidentemente, porque hicimos el documento base. Lo que ocurre es que desde entonces varias de las afirmaciones y promesas hechas en ese discurso no se cumplieron, y a medida que no se cumplían el ILD salió a decirlo. A finales de agosto, el gobierno decidió convocar a las elecciones para el CCD en una forma que ya no reflejaba todo lo dicho el 18 de mayo, pero es obvio que el país básicamente había decidido que, aunque no fuera perfecto, el camino escogido era bueno. El Perú en ese momento quería ver qué tal iba el proceso del nuevo CCD y en el fondo no deseaba escuchar otros comentarios, y decidimos que en términos de comunicación no quedaba otra cosa viable que dejar que efecti-